

GERALD FORD: EL SEÑOR PRESIDENTE



El nuevo Presidente jura su cargo; junto a él, la señora Ford.

«QUE yo sepa, no tengo ni un solo enemigo en el Congreso», dice el ahora Presidente Ford. Lo dice con la mirada clara, directa y cándida, que es una de sus mejores bases políticas. Le han llamado siempre «Honest Gerald»; pero los malévolos, las viejas ratas sabias de Washington, aseguran que cuando un político es honesto es porque no puede ser otra cosa, y que cuando a alguno se le llama honesto es porque no hay nada más que elogiar. Las posibilidades de talento del antiguo jugador de rugby (sus hazañas deportivas fueron lo más sobresaliente en su expediente universitario) han sido sopesadas frecuentemente con algún pesimismo. Pero algunas cosas no se las discute nadie: no dice nunca lo contrario de lo que piensa, tiene una habilidad considerable para poner de acuerdo puntos de vista contradictorios —su propia simplicidad le hace ver el camino recto o la distancia más corta entre dos puntos cuando los demás quieren descubrir rodeos—, de encontrar fórmulas de compromiso, soluciones posibles a lo que parece insoluble. Durante los nueve años se ha acreditado como un hombre abierto, capaz de tener en cuenta todas las opiniones, pesarlás y estimarlás. En cuanto a su lealtad, su partido y el que era hasta ahora su Presidente, Richard Nixon, no han podido tener una sola queja.

Su voto ha ido siempre a fortalecer los puntos de vista del partido y del Presidente. Si esta capacidad de tener siempre en cuenta las opiniones de los demás y de votar siempre con el partido le han valido la acusación de no tener opiniones propias, es otra cuestión.

Parece que en realidad las tiene. Es un conservador, es tan conservador por lo menos como lo es Nixon. Aunque se haya expresado siempre con modestia, sin los estallidos oratorios frecuentes en los congresistas. A veces, con un suave rasgo de humor, ha definido su propia modestia: «Yo soy un Ford, no un Lincoln», decía en diciembre pasado, cuando ya calculaba que podía ser Presidente, con un juego de palabras entre los automóviles Ford (modestos, populares) y los Lincoln (aristocráticos), pero también con respecto al Presidente Lincoln, piedra angular de la joven historia del país.

El conservadurismo de Ford aparece en algunas de las frases que ha pronunciado en los últimos años. En 1968, cuando apoyaba la campaña electoral de Nixon, de su propio partido, atacaba lo que consideraba un exceso de liberalismo de la administración demócrata: «Hay y ha habido siempre una atmósfera de tolerancia en este país, una confusión entre libertad y libertinaje, y un exceso de preocupación por los derechos de los acusados a expensas de sus víctimas.

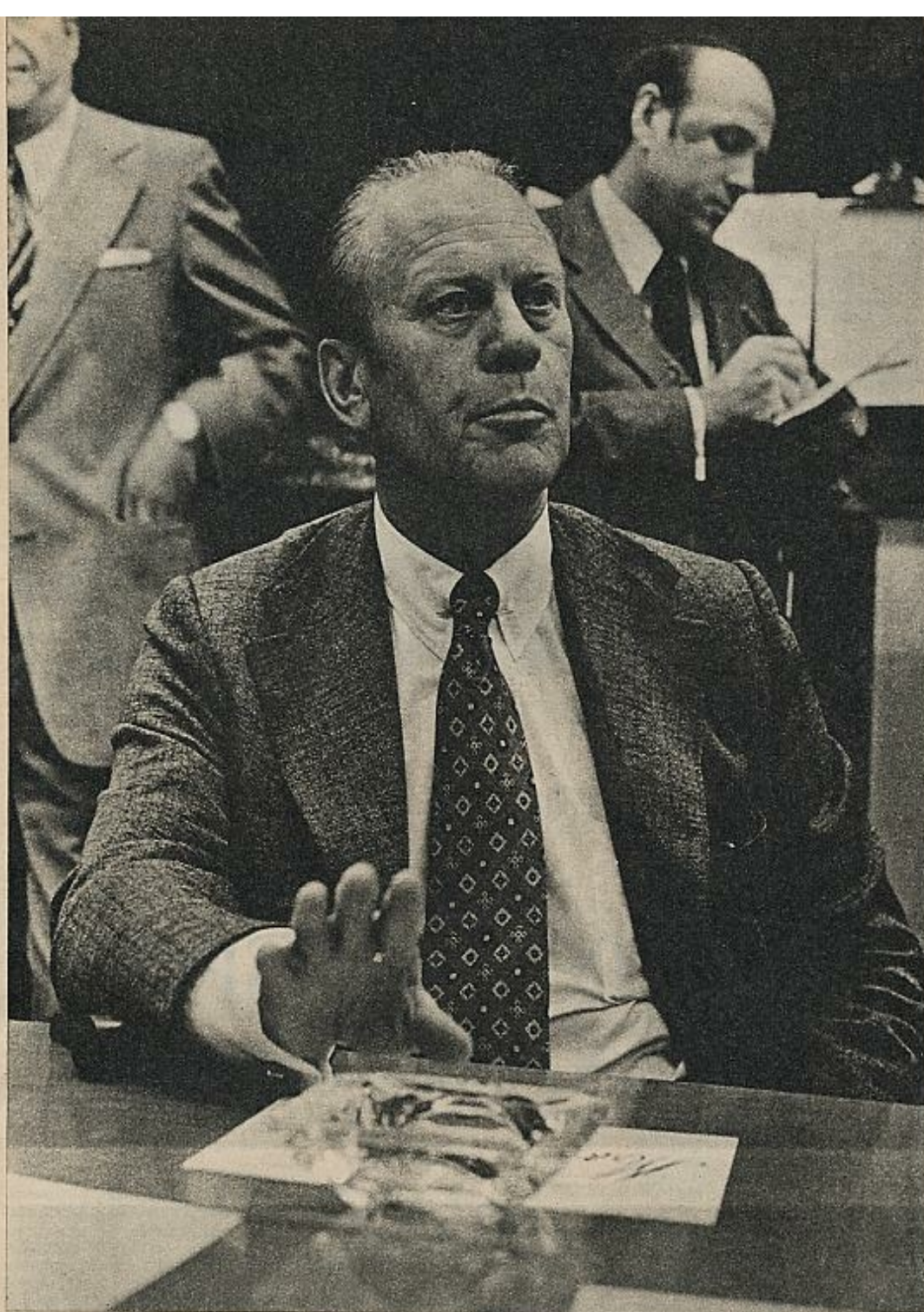
No puede ser corregida por la administración Johnson-Humphrey ni por los liberales de «cabeza suave» en el Congreso, sino solamente por los republicanos y otros que reconocen que la ley y el orden, con la justicia, deben prevalecer en los Estados Unidos». El conocimiento de que una vez los republicanos en el poder tanto el Presidente como el vicepresidente y algunos de sus principales colaboradores se deslizasen por el camino del delito, pone alguna ironía en la frase. Con respecto a los movimientos estudiantiles, decía: «La administración anterior no fortaleció la legislación para retirar las becas a los estudiantes que estén complicados en los motines de las universidades. Nuestra impresión general es la de que esos estudiantes, pequeños en número, están

usando en realidad tácticas fascistas, privando al resto de los estudiantes de la oportunidad de recibir educación. La manera de la administración de considerar estos hechos debe ser la de dominar estos grupos fascistas que quieren privar a los estudiantes de una oportunidad de recibir educación». Es innecesario explicar que el calificativo de fascistas para los estudiantes de la protesta no tenía ninguna consistencia política. Era una forma de situarse más a su izquierda para hacerlos impopulares.

La forma en que consideró la apertura en política exterior es particularmente interesante. Primero, porque revela su propia capacidad de mantener sus ideologías conservadoras y hacerlas compatibles con la fidelidad al Presiden-



Gerald Ford durante la primera reunión del gabinete por él presidida. A su lado, Henry Kissinger, que será su mentor en política exterior, al igual que lo fue de Richard Nixon.



Gerald Ford: su voto ha ido siempre a fortalecer los puntos de vista del partido y del Presidente. ¿Falta de opiniones propias?

te Nixon. Segundo, porque siendo ahora Ford el encargado de proseguir esa política exterior pueden dar algún indicio de sus posibilidades. «Estoy completamente de acuerdo con la administración en su nueva política para con China (decía en noviembre de 1973). Es una inversión total de mi propia política; pero también es una inversión total de la política del país desde 1949, bajo los cinco o seis Presidentes anteriores. Aplaudo la voluntad del Presidente de abandonar una política que no ha funcionado y abrir la puerta a una política que tiene algunas perspectivas estimulantes... Estoy completamente de acuerdo con los

esfuerzos del Presidente para llegar a una "détente" con la Unión Soviética. Me parece que algunas personas, en la derecha y en la izquierda, están preocupadas, o se hacen preguntas con respecto a esta política. Creo que es equivocado enfrentarse a una política que puede conducir las Salt-2 (las conversaciones para la limitación de armas estratégicas o nucleares) a una significativa reducción en la producción de armas por ambas superpotencias. Estoy de acuerdo con la administración en que en el año 1973 y 1974, hasta que obtengamos reducciones mutuas de tropas, debemos mantener fuerzas sustanciales en la OTAN. Así, en el

campo de la política exterior, mis puntos de vista son virtualmente idénticos a los del Presidente».

Se preguntan los malévulos a quién va a seguir ahora Ford, puesto que el Presidente es él. Se temía que al propio Nixon, que podía seguir siendo su inspirador, pero la influencia futura del ex Presidente parece totalmente descartada. Kissinger será su mentor en política exterior, como ya lo era de Nixon. El partido le dará las otras soluciones. Aunque no está excluido que él mismo sufra alguna transformación y pueda convertirse en un auténtico Presidente creador de política. Con otros vicepresidentes (Truman, Johnson),

esta metamorfosis de gusano en mariposa (de un cargo humilde y silencioso a recibir todo el brillo y toda la luz del país) se ha dado ya.

Pero la gran preocupación de Ford es la de que es el primer Presidente de los Estados Unidos que ocupa el cargo sin haber sido elegido para él. Efectivamente, Gerald Ford fue nombrado vicepresidente por el Congreso, tras acuerdo entre los dos partidos, para sustituir al dimitido Agnew. Gerald Ford había anunciado en aquella ocasión que de ninguna manera se presentaría a las elecciones presidenciales de 1976, fuese cual fuese el puesto que estuviera desempeñando entonces en la Administración. Parece ahora que va a cambiar de opinión una vez más. Por una parte, desearía tener los votos, con carácter retrospectivo, aunque significantes para el futuro, que respaldaran la decisión del Congreso. Por otra, siendo hombre de partido como es, no querrá privar a los republicanos de la baza que ellos esperan obtener con este cambio: si Nixon hubiese permanecido en el poder hasta 1976, la candidatura republicana hubiera sufrido del desprestigio nixoniano, fuese quien fuese su candidato. Pero si Ford cumple su papel como se espera de él, las oportunidades republicanas pueden crecer. Aunque todavía no se sospecha quién pueda llegar a ser el candidato demócrata.

Con Gerald Ford cambia una vez más el estilo de la Presidencia y de la Casa Blanca. La misma forma en que pronunció el discurso de toma de posesión, sus conceptos simples y sencillos, indican ya que se está lejos del ambiente de pandilla y manipulación de la época de Nixon, de politiquería y juego; aunque también de los grandes fastos intelectuales y de aristocracia liberal del tiempo de Kennedy. Los Ford buscan la sencillez y el estilo familiar, el género «familia unida de americanos medios». Betty Ford es bonita a sus cincuenta y cinco años; sonriente y elegante. Ha sido bailarina, ha sido modelo: un matrimonio típico de maniquí con jugador de rugby. Casada, Betty Ford se dedicó a las actividades típicas de un ama de casa con dinero —mucho dinero— y con posición social: la junta rectora de los «scouts», clases de catecismo en la escuela episcopaliana, fiestas para recaudar dinero en la lucha contra el cáncer... Los Ford vivían en Alexandria, Virginia (prácticamente, un arrabal de Washington), y su vida era típica y tónica. Cuatro hijos: el mayor estudia Teología, quizá llegue a ser pastor, aunque su vocación no esté muy definida; el segundo se especializa en problemas de medio ambiente (fue una activista en la reelección de Nixon), el tercero se distingue en la universidad, como su padre, por su brillantez y el deporte, y la cuarta, Susan, de dieciséis años, se preocupa por el baile, como su madre. ■